

EL CRUCIFIJO DE LAS CORTES

SIN que pueda decir que me sorprendiera, sí que me impresionó, de las noticias que aparecieron en su día —no tan lejano— sobre el asesinato de Ibarra, que éste en el instante de morir apretara entre sus manos un crucifijo.

Aún recuerdo, además, el comentario que hizo alguien a mi lado: «Desengañémonos; lo que de verdad y en esencia nos separa y nos acerca a los españoles y quizá a todo el género humano, es que a la hora de morir deseemos tener a la cabecera un crucifijo o no.»

Es cierto. Esa disposición o actitud de la conciencia para la hora definitiva predetermina y condiciona, quírase o no, todas las actitudes intermedias de nuestras vidas, con categoría trascendental.

El crucifijo, el cristianismo, la moral cristiana, la esencia, en suma, de una civilización concreta. Es una impronta que aparece en nuestras raíces donde menos se espera. Recuerdo a un profesor que cuando hablaba de estos temas siempre ponía como ejemplo que para algunas civilizaciones el mestizaje fue un absurdo, porque la raza dominadora no podía cruzarse con la conquistada, mientras que el español se casaba con la india, porque a través del cristianismo partía de una concepción igualitaria, universalista y humanista del hombre, de la raza humana.

Yo agrego que de la misma esencia fundamental se nutren nuestros conceptos de la libertad y del Derecho. Nuestra «libertad, igualdad, fraternidad» no son una traducción de la Revolución Francesa o de Rousseau, sino que nos vienen de antes del Cristianismo.

Los españoles no podemos, pues, negar nuestra esencia cristiana sin renegar de nuestra civilización y de nuestra cultura. Por eso levantó tantas tempestades en épocas de la República —y contribuyó al desencadenamiento de la tragedia— la afirmación de don Manuel Azaña: «España ha dejado de ser católica»; y no porque no fuese dicha como expresión de un concepto de relatividad histórica, sino porque fue interpretada como una definición de la política de la República en materia religiosa. Indignó más todavía —¿por qué hemos de empeñarnos en perder «toda» la memoria?— la propuesta de don Rodolfo Llopis, socialista-marxista, en aquel tiempo director general de Primera Enseñanza, de retirar el crucifijo de las escuelas.

Traigo a colación estas consideraciones porque en estos últimos días del verano acaba de ocurrir un hecho que pudiera pasar inadvertido entre vacaciones y ausencias; y que tiene, no obstante, una tremenda significación: el presidente de las Cortes, don Antonio Hernández Gil, ha retirado el crucifijo de su despacho, informando a los periodistas de las razones que le movían a hacerlo.

Las razones que ha dado el presidente de las Cortes son del mismo aire que las que adujo (¡eso dice la Historia!) en su día el socialista Rodolfo Llopis para practicar igual desahucio de las escuelas: el respeto a quienes profesan otros credos, la neutralidad y la aconfesionalidad del Estado —de la Monarquía—; evitar, en fin, que nadie pueda sentirse ofendido por la presencia del crucifijo.

No dijo el señor Hernández Gil que nadie

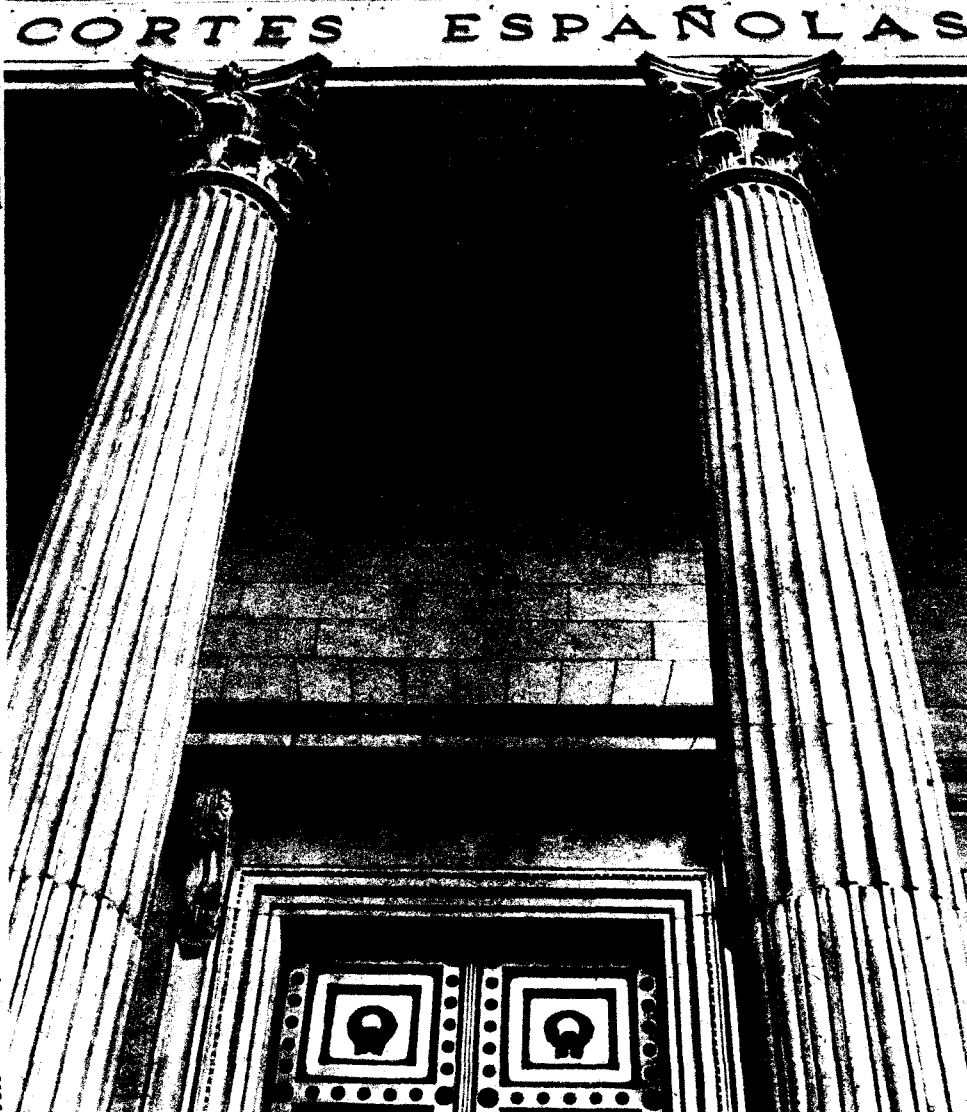


Foto T. Naranjo

le hubiera pedido que retirara el crucifijo. Tampoco se sabe que haya habido deliberación de las propias Cortes sobre el tema y que sus integrantes o alguna comisión interior hayan tomado la resolución. Ni siquiera se tiene noticia de que algún diputado o grupo político, más o menos extremista o radicalizado, se hubiese sentido molesto por la presencia del crucifijo en el despacho. En fin, el señor Hernández Gil decidió «anticiparse»: «Aquí van a entrar los sarracenos —parece haberse dicho— y les van a molestar la cruz; pues cruces afuera.»

Se trata, por tanto —queremos pensarlo así—, de la aplicación expeditiva y ejecutiva del criterio particular del señor Hernández Gil, quien, sin tener en cuenta las anotaciones y resonancias del hecho, ha actuado sin oír más que a su voz interior. O quizá por eso que hemos dicho antes de la esencia cristiana de nuestra cultura, a pesar de lo que le haya dicho su voz interior...

Por el mismo camino, el señor Hernández Gil podría entender que su autoridad de presidente de las Cortes no se limita al propio despacho, sino que se extiende, al menos, a los despachos de los señores Álvarez de Miranda y Fontán, quienes como presidentes del Congreso y del Senado son la cabeza bicéfala de las Cortes mismas. Puede que a estos señores tampoco les suponga violencia alguna retirar el crucifijo de la pared o de la mesa; ¿se consolarán pensando que tal ausencia se compensa con los Cristos, medallas y confesionalidad que su propia presencia impondrá en el recinto?...

Por mal camino vamos. Algunos pensarán que es mejor cargar el asunto a cuenta de

una interpretación particular de las atribuciones del presidente de las Cortes, el cual mañana podría ordenar que los tradicionales leones de la puerta fuesen trasladados al Retiro. Quiero decir, que algunos argüirán si no será más adecuado «trivializar» el episodio, «quitarle hierro».

Acaso seamos todos demasiado pecadores como para temer que se nos reproche esto de ocuparnos de un crucifijo, cuando más nos valiera atender nuestras penitencias, cuando la vida de cada día nos ofrece constantes yunques sobre los que poner a prueba las convicciones cristianas, más importantes, sin duda, que las meras imágenes. Y, sin embargo...

Sin embargo, yo pienso —con mi carga de humanos pecados a cuestas, como todos— que no se trata de eso y que tampoco es una cosa baladí. Es otro de los indicios, bien significativo, de un problema hondo que tenemos encima, de un entreguismo sin fronteras, un «totum revolutum» en el que hoy es un crucifijo, mañana un artículo de la Constitución, pasado las Canarias. Es, en definitiva, toda una «política».

Por eso me atrevo a denunciar el hecho y protestar de él. Y a preguntar dónde está la frontera. A preguntar, sí; porque si se vacía del símbolo de la matriz cristiana común, que es la esencia de nuestra civilización y de nuestra moral, un despacho (¡tan significado!) de las Cortes podremos confiar en que por lo menos de los despachos de La Zarzuela no se quitará y allí estará el límite infranqueable para los iconoclastas.

Ramón HERMOSILLA